

SIETE DÉCIMAS

El hombre contestó el teléfono, escuchó la voz y en su rostro se dibujó el gesto de la dicha. Salió de prisa y lleno de contento; había recibido la mejor noticia de su vida. A sólo dos calles de distancia, él se encontraría con el motivo de su alegría.

Subió al auto y al instante lo arrancó, pero... Tuvo un pequeño e insignificante descuido... En menos de trescientos metros y sobre la misma avenida llegaría a su destino. Aceleró, sacó el clutch con suavidad y a unos metros repitió la operación para lograr mayor velocidad. Al llegar al cruce, dejó de acelerar y posó suavemente el pie sobre el freno; volteó a los costados, el paso era libre, pero de la manera más abrupta, brotó de la esquina derecha y en sentido contrario, un auto a toda velocidad con el que se estrelló brutalmente. El tiempo para el hombre parece que se congeló y se hizo estúpidamente lento...

Durante la **primera décima** de segundo, la defensa, la parrilla y los faros se destrozaron como leña seca y un golpe hueco opacó el bullicio de la calle. **Dos décimas** de segundo han transcurrido, entonces el cofre se arruga como cartoncillo y revienta el parabrisas en millares de diamantes; las salpicaderas envuelven los fierros retorcidos del otro vehículo y las llantas traseras se levantan del piso como levitando. El conductor por instinto de conservación y no por miedo –no hay tiempo para sentirlo– estira sus piernas para detener el golpe, pero el crujir de huesos y el golpe del metal revientan la unión de las rodillas que inevitablemente se fracturan por el impacto...

Tuvo un insignificante descuido, fue tan breve el lapso, que no puede sentir apenas algo...

Tan sólo han transcurrido **tres décimas** de segundo y el volante se destroza frente a sus brazos y como proyectil busca ensartarse ante el vulnerable pecho. En la **cuarta décima** el vehículo se ha compactado más de medio metro, quedará inservible. Llegando a la **quinta décima**, la columna de la

dirección comprime al chofer dejándolo sin aliento, cualquiera de sus órganos pudieran estallar por la presión, el golpe es brutal. Tal es la fuerza del impacto que en la **sexta décima** de segundo los zapatos se arrojan del cuerpo y los tobillos se enredan en los pedales como queriendo dislocarse, la cabeza del hombre se impacta contra el parabrisas y el tablero; es el momento en que las llantas suspendidas caen y ocasionan que el cuello chicotee en el interior del destrozado auto. Al llegar la inevitable **séptima décima**, las puertas se quedan trabadas y los ejes las comprimen. El hombre ya descansa el rostro sangrante sobre el tablero y queda extinto... Omitió un breve e insignificante detalle, por el placer que le dio la noticia, olvidó ponerse el cinturón...

Transcurrieron las últimas **tres décimas de segundo** y se cumplió un **segundo**... A sólo cincuenta metros del choque, se coló por una ventana del hospital un estruendoso golpe. Una bebita recién nacida llora en el regazo de la madre. Ellas ignorantes del exterior, acababan de ser las víctimas de un descuido irreparable...

Prof. René Romero Díaz